

---

## EL DESEO

EDUARDO MITRE



Habría que ser Lucrecio  
o al menos estar  
con Susana San Juan  
para hablar del deseo.

Pero a todos nos toca  
su desvarío, y nos llevan  
sus lenguas de fuego  
a decir tantas cosas.

*(Dentro de ti, tú me mojas  
con una lluvia de pétalos  
—he oído decir al deseo  
varias noches por mi boca).*

Continuamente al acecho  
el deseo anda en círculos:  
preso de su presa  
y prisionero de sí mismo.

Con palabras y gestos  
hila fino sus tramas.  
Y más con silencios  
y tenues miradas.

Su eterna carnada:  
la promesa de un infinito  
ilusoriamente escondido  
en un cuerpo y un alma.

Carbón el deseo,  
no quiere ser diamante  
y quema el tiempo  
en la brasa del instante.

Cabrón el deseo: fragua  
navajas en los amantes  
y convierte sus almas  
en piel de tatuaje.

Solo, a morir y matar  
juega el deseo. Por eso  
le atraen como un imán  
la muerte y sus cebos.

Apenas la ausencia  
le despoja su cetro,  
el deseo se encierra  
en un castillo de espectros.

La llama del buen amor  
le ahuyenta el miedo,  
no el certero temor  
de apagarse primero.

Oculto como un secreto  
el deseo dibuja y borra  
en la pizarra del sueño  
su enigmática memoria.

Al fin poco o nada le queda  
tras mucho arder al deseo  
sino la cara intocable  
del vacío en el espejo.

Blanco es el monasterio  
donde se retira el deseo  
a cultivar las palabras  
en soledad y silencio.

Tantos años a su servicio,  
no creo en sus desalientos,  
pues todo lo vuelve racimo  
apenas vislumbra un seno.

Padre y madre el deseo  
que nos crea reales. Todos  
—aun Dios— somos la imagen  
que inventan sus velos.

Cuento de nunca acabar,  
cuerpo que se deshace  
y rehace, incesante,  
como la música y el mar:  
el deseo. *♫*